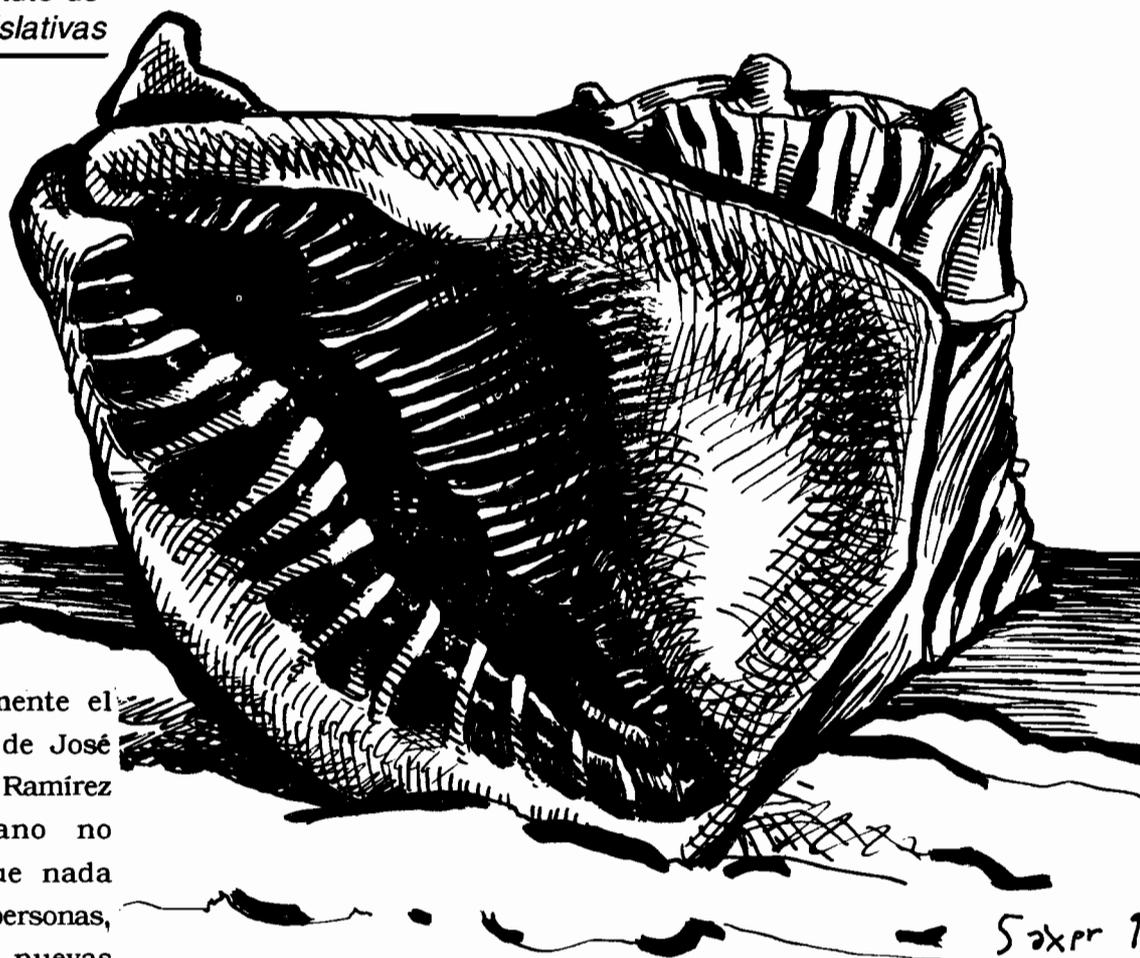

Don Agustín Ramírez Altamirano

Profr. Francisco Leonardo
Saavedra

*Investigador del Instituto de
Investigaciones Legislativas*

Probablemente el nombre de José Agustín Ramírez Altamirano no signifique nada para la mayoría de las personas, sobre todo para las nuevas generaciones. Sin embargo, difícilmente hay mexicanos que no hayan escuchado algunas composiciones de este gran trovador guerrerense.



Afortunadamente, a pesar de toda la apabullante difusión de la música extranjera que se ha dado a partir, sobre todo, de la década de los setenta, en el resquicio que permiten las diversas expresiones de la música popular, hoy ampliamente comercializada por la música de banda y con la recuperación, un tanto modernizada del bolero, no deja de estar presente allá en el hoy bastante devaluado espíritu nacional y regional, la música que, como parte del torrente incontenible de la cultura popular que permitió la Revolución Mexicana, en toda la primera mitad de nuestro siglo.

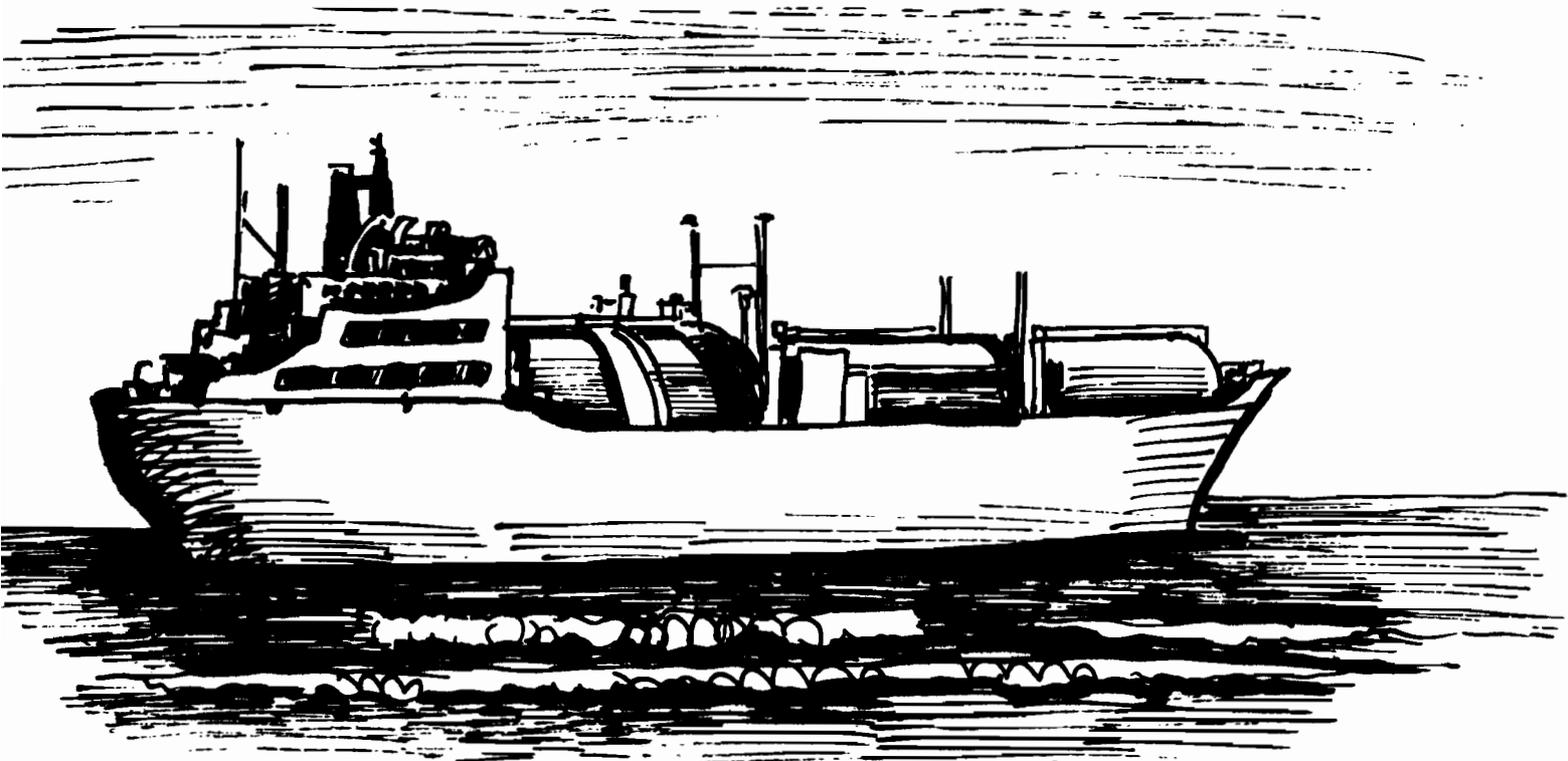
Esa cultura que en el terreno musical representó un proceso renovador, aglutinador y creador de una gama muy amplia de expresiones literarias y de ritmos que vienen del fondo de los tiempos o que nos llegaron como contribuciones, relativamente nuevas para esos años, de algunas regiones de nuestra América Latina, como el propio bolero y el danzón cubanos, el bambuco peruano o las chilenas de aquel país sudamericano que, aclimatados al ambiente artístico regional mexicano, formando al paso de los siglos, con la herencia española y la contribución del espíritu indígena y mestizo del país, desembocaron en una

amplia variedad de manifestaciones culturales en el terreno de la música, que se vieron estimuladas por la política del nacionalismo que impulsaron los regímenes que respondieron a los planteamientos del movimiento revolucionario mexicano.

El estímulo y la difusión del huapango, las malagueñas, los gustitos, los sones, los corridos, los jarabes, las chilenas, etc., así como expresiones de la cultura popular de las múltiples regiones rurales de nuestro país y de la música urbana clase mediera y popular como el bolero, los valeses, y las manifestaciones afroantillanas, permitieron que aflorara el espíritu popular en las composiciones de un elevado número de compositores, cantautores e intérpretes que, como solistas o en conjuntos, retroalimentaron al pueblo, marcando una huella tan profunda, que difícilmente podrá ser borrada del alma popular con el paso de los años, a condición de que los encargados de las decisiones políticas fundamentales del país no forcen mediante los mecanismos del mercado y de políticas culturales, la imposición de esquemas extranjeros que, en el futuro nos haga perder nuestro perfil como un pueblo esencialmente mestizo.

Es, precisamente, en el marco de la efervescencia cultural de los años veinte, estimulada por la promoción de la radio-difusión en nuestro país, por la fundación de la XEW al principiar la década de los años treinta y el desarrollo del cine sonoro en esa misma década que, como parte de ese diversificado mundo de la música popular, se desarrolla la creatividad musical del maestro Agustín Ramírez, dándole un perfil muy preciso a la música regional, con la que más se liga su nombre, pero también a esa, no valorada, música dedicada a la recreación dentro de la educación formal y de los himnos vibrantes, que enaltecen y destacan a los héroes, a los hechos históricos, a las instituciones o los movimientos sociales.

En efecto, mientras en el campo, a nivel nacional dominaba el corrido revolucionario, en las pequeñas y grandes ciudades se imponía la música romántica en la que destacaban las aportaciones de Guty Cárdenas y de Ricardo Palmerín al lado de las interpretaciones y de las creaciones de Jorge del Moral, Mario Talavera, Tata Nacho y Alfonso Esparza Oteo, entre otros y al final de los años veinte Agustín Lara estrenaba con gran éxito "Rosa", en el Teatro Lírico de la Ciudad de México. Don



Saxer 17

Agustín Ramírez, como miles de maestros mexicanos, estaba dedicado a desarrollar la escuela rural mexicana, pero él, en especial, con la elevada sensibilidad musical que había sido descubierta por sus padres, desde sus primeros años de vida, en su natal Acapulco, en la primera década del siglo—nació en 1903—. Estaba entregado también a la creación musical que tanto había sido valorada por sus compañeros de la generación de 1924 de la Escuela Nacional de Maestros y, desde luego, al trabajo docente, como maestro misionero.

Fue precisamente su primer nombramiento al salir de la Normal, el de Delegado de la SEP en Cultura Estética en San Luis Potosí, estado que recorrió enseñando a los maestros y a los jóvenes de las comunidades la música de todas las regiones de México. Después pasó a prestar sus servicios a Ciudad Victoria, donde se hizo cargo de la Dirección de la Escuela Tipo Federal, lugar donde realiza una intensa labor educativa y de creación artística, esencialmente de corte romántico, imbuido en el espíritu musical de la época. En estos años forma el grupo: “Los Trovadores Tamaulipecos”,

con Lorenzo Barcelata, aquel famoso compositor de muchas canciones populares como: “A la orilla de un palmar”; “Jalisco nunca pierde”; “Las cuatro milpas”, “El cascabel”, etc., y Ernesto Cortazar, Albert Caballero y Antonio García Planes con el apoyo del entonces gobernador de Tamaulipas, Emilio Portes Gil, con el que don Agustín estableció una gran amistad. Este grupo recorrió Cuba, algunos países centroamericanos y los Estados Unidos, difundiendo la música mexicana. También por esta época y con la convocatoria del propio Portes Gil y los “Trovadores Tamaulipecos”, con la dirección



del maestro Ramírez surgió aquel famoso Corrido del Agrarista, tan difundido, sobre todo en la época del Presidente Lázaro Cárdenas, convirtiéndose en el himno de los campesinos de México y en canto obligado en las ceremonias escolares. ¿Qué maestro de esos años no recuerda?

“Marchemos Agraristas a los campos

a sembrar la semilla del progreso;

marchemos siempre unidos, sin tropiezo,

laborando por la paz de la Nación...”

Agustín Ramírez, después de esa experiencia, es nombrado por el ya presidente interino, Emilio Portes Gil, Director General de Acción Social y Cultura Estética del Departamento

Central, donde crea los Centros Culturales Populares, que son una especie de Casas del Pueblo, que surgieron a principios de los años veinte como parte de la creación revolucionaria en el campo de la educación rural. Los Centros Culturales Populares se convirtieron en espacios para la creación y recreación cultural de los obreros y los campesinos del D. F., pues, se ofrecieron cursos de dibujo lineal, dibujo técnico, pintura, corte y confección, solfeo, instrumentación y canto coral. Se formaron estudiantinas,

grupos de cancioneros. Se impulsó la gimnasia, el boxeo, el atletismo, el teatro, exposiciones de pintura, de grabado, etc.

"En los treinta —dice Carlos Monsiváis— Agustín Lara se consolida. Es genial, excesivo y metafórico. Irrepetible. Irreemplazable. Surgen otros sin esta repercusión extraordinaria pero capaces de conformar un gusto uniformado. Una lista sintomática, no exhaustiva: María Grever ("Júrame"), Consuelo Velázquez ("Bésame mucho", "Verdad amarga"), Gonzalo Curiel ("Vereda tropical", "Incertidumbre", "Yo nada soy") Abel y Alberto Domínguez ("Frenesi", "Perfidia", "Humanidad") y, muy especialmente, Francisco Gabilondo Soler, Cri Cri, melodista y fabulista en la tradición de Iriarte, Samaniego y Guillermo Prieto".

La clase media urbana, por inercia y recuento acumulativo, reemplaza a las evocaciones más conservadoras. Cine, radio o industria disquera promueven una ideología a la vez imprescindible y limitadora, grata y fatalista que instituye un sentido de "lo artístico". Melodías rápidamente memorizables, letras que jamás se apartan de los moldes del romanticismo o del modernismo, concentración en las

intensidades amorosas. A las canciones que corresponden a este molde de irrealidad se les promueve moderadamente dejándole la responsabilidad de su encubrimiento a las promociones del cine. Un fenómeno contiguo: el mejor ejemplo del nacionalismo cultural vuelto melodrama en la canción ranchera que niega el espíritu narrativo y colectivo del corrido, se olvida del significado compensatorio de la antigua "canción mexicana" y exalta el "monólogo desesperado."

En los años treinta, el maestro Ramírez regresa a Guerrero donde se hace cargo de la dirección de la Escuela Normal y Preparatoria del Estado; esta actividad la combina, como toda la vida, con la creación musical. Forma el Quinteto de Cancioneros Guerrerenses. En plena madurez surgen de su inspiración muchas de las canciones por las que se le identifica como trovador guerrerense, porque recoge en ellas el paisaje, las tradiciones, el colorido, la picardía, en una palabra, la idiosincrasia del pueblo guerrerense y la eleva al plano de la belleza de la canción tradicional, tales como el "Toro rabón", "Ometepec", "La callejera" y "Azoyú", etc.

*Ya no quiero, ya no quiero
torear al toro rabón
mejor prefiero chiquita*

*que cantes conmigo un
son*

*y así pasemos la noche,
corazón con corazón...*

*Ometepec, bello nido
de infinitas ilusiones,
vengo a ti vergel florido
a ofrecerte mis
canciones...*

*Son tus hermosas
mujeres*

*de un encanto sin igual;
un reflejo de lo que eres
bella tierra tropical..*

El ejercicio de la profesión magisterial llevó a don Agustín Ramírez a realizar labores de inspector escolar en Atoyac, Chilapa y Acapulco; también con este nombramiento trabajó en Huatabampo, Sonora. Siempre combinando la labor docente con su trabajo de compositor, con la bohemia y entre el cariño y la admiración de sus compañeros. También conoció los fracasos amorosos, sufrió la infidelidad o la traición de sus compañeros que su alma sensible traduce en canciones. Viaja nuevamente por el extranjero. Entre el viajar y regresar siempre a su tierra compone boleros, blues, bambucos, corridos, chilenas, chotis, huapangos, himnos, valeses, sonos y canciones infantiles, etc.

¿Quién no ha escuchado ese extraordinario Huapango, "Por los caminos del sur" o "La acapulqueña"?

*Por los caminos del sur
hay rosas, voces y
estrellas*

*son canciones y doncellas
bajo un alto cielo azul*

*Jaguares en las marañas
y pájaros por el río
es un bello desafío
la selva con la montaña...*

*Acapulqueña linda,
acapulqueña
playera esbelta, pálida y
sensual,*

*en tu mirada ardiente y
soñadora*

*hay un reflejo de tu
inmenso mar.*

*Cuando en la playa luces
tu silueta*

*en el milagro de un
atardecer,*

*quisiera ser del mar ola
coqueta,*

*y tu cuerpo en mis brazos
envolver...*

Muere el maestro Ramírez en septiembre de 1957, en medio del reconocimiento del pueblo, de las autoridades guerrerenses y de los compositores mexicanos.

Muchos maestros conocieron al maestro Ramírez y todos opinan elogiosamente de él. Quiero destacar la opinión del distinguido maestro mexicano, don Miguel Huerta Maldonado: "En su perfil como compositor en todo momento fueron evidentes su extraordinaria sensibilidad poética y su inagotable inspiración musical, que transita por un amplio sector del vasto panorama de las creaciones musicales: desde las trovas provincianas, las canciones románticas, los corridos populares hasta los himnos tutelares. Nunca conoció

la fuente que pudiera saciar su ansiedad de vivir con plenitud y fue poseedor de la esencia misteriosa y trémula del hombre bueno, del amigo entrañable y del soñador romántico. Cada uno de sus versos, como el otoño denso de una idea y cada una de sus notas musicales como el leve murmullo de una fuente, son reflejo fiel de su perfil de artista, con un alma invariablemente enamorada de su pueblo".

Finalmente quiero destacar lo que Luciano Kubli escribió para la canción "Camino de Chilpancingo" a la que le puso música don Agustín Ramírez, y con lo que, justo es decir, no estuvo de acuerdo el propio maestro Ramírez por la gran modestia que lo caracterizaba: "No hay guitarras sin Ramírez bajo el cielo de Acapulco".

Q